



PERSONALIDADES

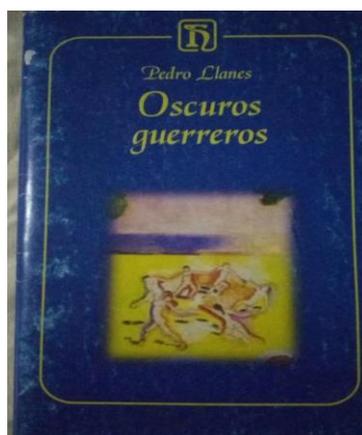
OSCUROS GUERREROS: UN OLOR SE REÚNE EN LA TIERRA

Rigoberto Rodríguez-Entenza

Poeta, narrador, dramaturgo, crítico y profesor cubano. Sancti Spíritus, Cuba, 5 de noviembre de 1963. Graduado de Teatro por la Escuela Nacional de Arte de La Habana, Cuba y de Español y Literatura por el Instituto Superior Pedagógico de su ciudad natal. Perteneció a la UNEAC y es Miembro de Honor de la Asociación Hermanos Saíz. Ha obtenido, entre otros, los Premios Rubén Martínez Villena, Fayad Jamís, Eliseo Diego, Nosside Caribe, y Raúl Ferrer. Con su libro *Otras piedras talladas en silencio*, obtuvo Mención en el Premio Julián del Casal. En 2005 le fue otorgada la Distinción por la Cultura Nacional.

¿Cómo citar este artículo?

Rodríguez Entenza, R. (noviembre-febrero, 2020). Oscuros guerreros: un olor se reúne en la tierra. *Pedagogía y Sociedad*, 23(59), 4-9. Disponible en <http://revistas.uniss.edu.cu/index.php/pedagogia-y-sociedad/article/view/1109>



Que el itinerario espiritual del sujeto, en su arduo trazado, parta de lo cotidiano; que estalle y transfigure la realidad de sus fuentes de origen, y de la escritura, y que de estos extremos vaya y vuelva con una organicidad apenas visible; que le ofrenda, a las galerías vigorosamente hilvanadas, un profuso caudal de sentidos, un complejo entramado de sensaciones y lúcidas interrogantes;

que los anhelos y las formas de sus cuerpos refieran un pasado y lo sublimen; que esté, en su representación, alcance dimensiones simbólicas, a través de planos que se superponen y traslucen como toda sustancia que provoca y exalta; en fin: que a una vez la palabra sea salvación y éxtasis, y que así se extienda por la sed de lo enorme, he ahí las ganancias principales del libro

de poemas *Oscuros guerreros*, he ahí donde la palabra define y convoca, he ahí que *un olor se reúne en la tierra*.

Pedro Llanes (Placetas, 1962) hizo su debut editorial con esa extraordinaria parábola de la existencia humana que es *Diario del ángel* (Ed. Abril 1993). Se trata de un libro que anunció sus derroteros, una evidencia de su afinidad con voces cuya opción prefija su centro en la ansiedad por construir. Más tarde esa conjetura se aseguraría una legitimación; sobre todo, porque él mismo se ha encargado de ejercer una recia forma de poblar el cuerpo de la escritura. *Diario*, con todo y ser el primer cuaderno de un autor, ya muestra las sutilezas de nuevas cosmogonías: el vergel como espacio, las alusiones a la amada que atestigua y da fe, las atmósferas cubiertas de brisa y misterio, el rumor de los actos que se asientan en la justificada urgencia de la acción, del ser como reflejo, de la autenticidad; todo ello entretreído en dos motivos que se acercan y se alejan: él mismo, en tanto sujeto y el escenario multidimensional de la existencia. De una célula a un coro de iluminaciones, de las referencias a la mirada que hurga y halla; y luego muestra lo *suave y constante*, lo que es *música y*

razón. De tal modo Llanes alcanza a configurar una visión sondeada en la verosimilitud de la idea que se debate y refunda en el *ser o no ser* shakespereano. Esos asideros le permiten un curso coherente y cohesionado en el viaje a la fabulación. Allí el místico ofrece los frutos de la furia y la señal de la salvación.

Estamos ante una parcela de los días que se van hacia otros laberintos y para ese simulacro se valen de extrañamientos. Es el hilo de Ariadna, se suele sugerir, es el mismo golpe de suerte que nos lleva a jugar en el límite del pasado y el futuro, sin apenas percibir la pesada quietud de la línea negra. Estamos ante un autor que se dispuso a ocupar un sitio en el escenario de la poesía insular. Su voz giró hacia zonas con las que habría de lidiar hasta una historia que se reitera y reinstaura y por eso mismo resulta siempre nueva.

Así escapó el poeta para establecer su geometría humana, sus momentos de meditaciones espléndidas y también, como minimizarlo, sus instantes de conmoción, en tanto consecuencia de la mirada que augura el sustrato de ese acto divino que es vivir un día y luego otro e ir

dejando en ellos el fuego que ilumina y calienta los inviernos.

Así la formación de su sensibilidad lírica fue a los asientos de la tradición, se pertrechó de lenguas, intelectos y sustratos metaculturales.

*La primera encrucijada, la del viento,
ha quedado abierta por los sembradores.
Son tan solo puntos negros en la pradera.*

Fue en ese tomar y dar que se diseñó una intención sistémica de su personalidad poética, ya visible, confirmado ya en libros como *Sibilancia*, Ed. Unión 1996; *Sonetos de la estrella rota*, Ed. Sed de Belleza 2004; *Partitura hecha por el sinsonte*, Ed. Matanzas 2001, y la compilación que también tituló *Diario del ángel*, Ed. Letras Cubanas 2007.

Cuando la crítica literaria cubana ha distinguido su obra poética, recuérdese su Premio de la Crítica en 1993, por *Diario del ángel*, lo ha hecho para validar preceptivas que significan la singularidad; porque, a no dudarlo, la poesía de la isla recibe de Pedro Llanes una voz nutrida de la mejor tradición lírica universal; porque, con el mismo donaire que elije sus motivos, tan reales y sonantes como imaginados e inasibles, evoca coros culturales que

pertenecen a la historia toda, y para no escapar de su vocación de místico, con la sencillez de los mejores hacedores, devuelve a su entono el punto donde converge lo esencial de una casta.

Se trata de textos dados a lo alegórico y por eso mismo recargados de una fronda que se incorpora como un paisaje frutecido, intenso como los mejores campos de la patria. Otro punto sustancial en sus libros es la visión narrativa desde la que se acerca al lector.

*Paso con las manos en alto
vuelto contra los fuegos
congregados en la fuerza del charco.
En el charco escruto mis ojos,
sumisos como simples monedas;
y el resplandor del agua,
nada me sabe responder.*

Poemas como *Paseo después de la lluvia* o *Agua, fulgor*, tienen esas costuras sutiles que unen los sucesos con el estado de ánimo primordial del poema; pero ello sería intrascendente si no fuera porque a través del subtexto se busca una delineación de lo vital para asegurarse de lo humano. Llanes siempre pone al sujeto ante su representación y de igual manera pone el individuo-sujeto y el otro, el oidor de lo anecdótico que se propone

como sagrado hábito de hacer visibles los detalles, en un mismo plano discursivo. Nos trasladamos entonces a un cosmos donde las presuposiciones implican la conciencia, donde el saber atraviesa lo inexplicable y nos revela a nosotros mismos mediante preguntas. Concorre de tal modo una cadena de hechos en las que los miedos, los asombros, la fertilidad y la ternura, ruedan en un juego donde se abren y cierran sesiones de imágenes y sentidos que pocas veces se hallan en la poesía contemporánea. El suceder desde lo íntimo nos asegura un recorrido intenso y hermoso; el texto parte desde sí, para provocar una irrupción de matices y alcanzar la magnitud con la que Llanes quiere anteponernos al mundo exterior, al que pertenecemos, con el que el sujeto se relaciona. Nótese que se diseña un complejo resultado donde colores y formas llegan desde y hacia el espíritu para jalonar las fuerzas más secretas, acaso las más ligadas a la historia del hombre, en ese devenir que augura lo desconocido que ya, gracias a sus modulaciones de lo humano, somos capaces de anunciar. En *Oscuros guerreros* el poeta logró erigir un camino en el cual la

concepción de lo uno y lo diverso se manifiesta desde los significados y va poblando cada referente para prever y adicionar posibles lecturas.

*La misma agua que moja las siluetas
de los animales y lirios que discurren.*

He admirado siempre esa empatía entre sonsonetes y fertilidad subyacente, la música y los paisajes humanos que se arriman a una afinación casi perfecta, y ahora, al sopesar la sonoridad y el paso fraguado en lo vivido, *Oscuros guerreros* viene a confirmar que estamos ante un arquetipo de poesía, ante una confabulación de pasados e invenciones y que al ser obturados por códigos redimensionados obedece no solo a aquello de lo que se habla sino, sobremanera, a lo que se dice. Porque es prudente aclarar que se trata de una poesía radicada en la urgencia por contar una historia de vida, una visión de lo humano que se acerca al receptor para compartir la maravilla de lo que sucede, lo que es, dicho por los caminos sagrados del lenguaje.

*Hice esfuerzos para ganar el jardín, las luces
dejaban polen y puntos en tijera encima de
las crucetas. Escondí mi brasa cerca de las
dalias, el agua caía evadiendo mi cuerpo.*

Saludé a las muchachas desnudas en el centro de la fontana. Puse la brasa en la cratera que levantaban.

Un sonido y una duda, en apretada comunión, se abren paso en la encrucijada ontológica. Y esto último es algo que se ha de saludar con presteza y fervor, porque rara vez en un libro, como ocurre en este, los pequeños elementos invocados pasan le tamiz de una verdad y al tramar el pulso de la vida se traducen y cobran una armonía donde la integridad de lo humano es en centro y danza:

*Amada, dame tus manos,
hermosas como la ceniza
para beber en la oscuridad
su melodía abisal.*

Si el lector desconociere la obra precedente de este autor, habría que decirle que de sus caminos, de la diversidad desde la que los cala, hay uno que es todos; allí concuerdan la melodía y el anhelo de penetrar la sensibilidad del receptor. Así la poesía se abre a los sonsonetes, pero también al aullido; así graba el sagrado acto de sopesar ríos ancestrales y utopías. Lo sabe Pedro Llanes; lo sabe y enuncia:

*donde interrogo en silencio
las hojas y los brezales,*

Lo sabe y con sus *guerreros* vuelve a la vigilia. La escritura, pareciera decirnos, no es dada a quien tiene desde donde sino del que se despoja de sus estereotipos y hurga hasta sacar sus vísceras para hallar el qué esencial. La lengua se nos revela desde un oficio granado en la transparencia, en ese raro y complejo tejido que enhebra la sabiduría, por eso mismo quizá pregona la salvación.

En *Oscuros guerreros*, se integra una máxima pitagórica: la naturaleza es una y la misma en todas partes; con tal preceptiva se deja llevar por dos fuerzas vitales, lo ontológico y lo sensorial, el itinerario de su espíritu traza el del sujeto y este a una vez remeda y construye, cita y representa. A un tiempo cierto dolor cruza el paisaje (*casi perfecto del páramo*) y lo sacude:

*ay de tí, aldea de silencio,
ay de tus panderetistas y tus agoreros,
cuyos rostros son el dulce pasto del fuego.
Ay de tu agua de ponzoña.
Ay de tí, aldea transida por el silencio.*

Pero luego la plenitud del ojo que escruta lo muestra y recompone. Los espacios de la fertilidad de la tierra y del hombre coinciden para que sobre ella la obra de que habla nos devuelva

a un sitio donde la historia de vida del sujeto se clava en el centro del entorno, donde la palabra se recarga y los significados emergen renovados. Quizá porque se trata de arquetipos que se reencuentran en la individualidad, en la singularidad, las piezas nos develan una condición minimalista que a su vez se extiende hacia lo inmenso. Pedro Llanes lo sabe y deja discurrir el atardecer, juega con sus claroscuros y con las figuras que rodean el escenario; pero todo ocurre alrededor de sus afinidades, o lo que es lo mismo, de su historia, de sus connotaciones. Y cada motivo reposa en la diana de una tradición conjeturada más allá de toda mimesis; la palabra no llega a sus enunciados sino que de ellos regresa a los predios donde la tradición mira y salta con ojos de novicio.

*En el charco escruto mis ojos,
sumisos como simples monedas;*

A eso nos ha acostumbrado el autor que ya nos advierte: la palabra re-crea y magnifica. Tras cada céntimo de

agonía o esplendor las figuraciones se tornan un cosmos donde la palabra y el orden de sus entidades subyacentes avizoran la línea discontinua de los sucesos que sopesan cada estructura.

Estamos ante una manera de decir que cursa su propia identidad sin amagos. Cada confabulación entre el cuerpo y sus músicas, sus abismos y –como no aceptarlo- sus hermosas trampas, evidencian la gracia del que canta por primera vez la canción que le recuerdan sus dioses.

En *Oscuros guerreros*, se consuma la búsqueda de lenguajes, se agiliza el cuchillo que ha de cortar en dos el cuerpo de la canción, para de tal modo abrir un abismo en el cual caben las historias supuestas, las que hemos de ir bordando a medida que las páginas se desplazan hacia el oscurecer, hacia ese espacio lúcido en que los conflictos se asientan y nos develan un estado donde las quimeras chisporroteaban.

Pedagogía y Sociedad publica sus artículos bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

